

La Unión P. Miguel Selga S. J. 19 Diciembre

EL PESCADOR

Ven conmigo, joven amable, ven a Santa Ana, junto al río Pasig. Fíjate en ese pescador sentado sobre aquel ribazo de junto a la orilla del río, con su caña en la mano pescando, que ni pestañea, ni mueve pié, ni mano, ni casi respira y tan inmóvil que parece una estatua, atento tan solo a su pesca. Advierto que en el picar de los peces no hay orden ninguno, sino que unas veces pica un pececillo, otras otro mayor; a veces el que apenas si se nota que pica y a veces el que incipiente un tanto la caña. Pues así pesca y así caza la muerte, sin guardar orden alguno, ni de antigüedad, ni de tiempo, ni de dignidad, ni de fortuna. Tan pronto pesca al niño que ayer vino al mundo, como al ochentón que tambalea bajo el peso de los años. Con la misma facilidad penetra la muerte en el tugurio del pordiosero de Culuculi, como en el soberbio palacio del Rey de Inglaterra. Como las aves caen en el lazo y los peces en el anzuelo, así caen los hombres en las manos de la muerte.

MATEMÁTICO ILUSTRE Y CATÓLICO SINCERO

Como astro de primera magnitud en el firmamento de las ciencias exactas brilló a mediados del siglo diez y nueve un matemático ilustre que asombró y avasalló a sus contemporáneos por la alteza de su ingenio y la grandeza de sus triunfos, el Barón Agustín Luis de Cauchy.

Suyo es el método de determinar el número de raíces reales positivas y negativas de una ecuación de un grado cualquiera: suya es la memoria fundamental sobre integrales definidas: suya es la resolución del problema de Fermat sobre los números poligonales: suya la determinación de las series convergentes: suyas las conferencias sobre mecánica, álgebra superior y física matemática y suyos varios trabajos sobre astronomía, acústica, óptica y análisis superior. Espíreu rectífino, maravilla de firmeza en las convicciones Cauchy fue uno de los cerebros más preclaros que ha tenido la humanidad.

Refulgente la mente con los esplendores de la razón y de la fe, henchido el corazón de nobles afectos, yo me he internado, decía Cauchy en el estudio de las ciencias humanas, en especial de las que se denominan exactas y he reconocido cada vez verdad del dicho de Bacon, que si un poco de filosofía puede apartar de la fe y de la religión mucha filosofía conduce a ella. Yo soy cristiano, esto es, creo en la Divinidad de Jesucristo con Nicobrahé, Copérnico, Descartes, Newton, Fermat, Leibnitz, Pascal, Grimaldi, Euler, Guldin, Boscovich, Gerbil, en Compañía de todos los grandes astrónomos, de todos los grandes matemáticos, de todos los grandes físicos, de todos los grandes geómetras de los siglos pasados. Soy católico con la mayor parte de ellos y si alguno me pidiese razón de mis creencias se la daría con mucho gusto, y entonces vería que mis convicciones no son fruto de preocupaciones de la infancia, sino de examen profundo y detenido, veríase de qué manera se han grabado por siempre jamás en mi entendimiento y en mi corazón unas verdades que a mi parecer son más incostestables que el cuadrado de la hipotenusa y el teorema de Moclaurin. Soy católico sincero como lo fueron Cornélie, Racine, La Bruyère, Bossuet, Bourdaloue y Fenelon, como lo han sido y son aun muchos hombres distinguidísimos de nuestros días, que han honrado la ciencia, la filosofía y la literatura e ilustrado más que nadie nuestras academias. Participo de las profundas convicciones que manifestaron con sus palabras, con su vida y con sus obras tantos hombres científicos de primer orden como los Ruffinis, los Ha-y, los Laenec, los Ampere, los Pelletier, los Fresnet, los Coriolis, y si dejo de nombrar a los que aun viven temeroso de ofender su modestia, puedo a lo menos manifestar el placer que he tenido en encontrar toda la nobleza y toda la generosidad de la fe de cristianos en mis ilustre amigos, el criador de la cristalografía, el inventor de la quinina y del estetoscopio, el celebre navegante que conduce la *urania* y el inmortal autor de la "electricidad dinámica".